

CÍRCULO DIABÓLICO



JAVIER NÚÑEZ

CÍRCULO

DIABÓLICO

JAVIER NUÑEZ

Copyright © 2016 Javier Nuñez

Portada: Lorem Tyr

Twitter: [@javiernunez80](https://twitter.com/javiernunez80)

Instagram: @javier_nunez80

Blog personal: <https://entrelosescombros.wordpress.com/>

1

All rights reserved

SINOPSIS

El camino por el que avanzaba era polvoriento y estaba alejado de la civilización. No era

la primera vez que lo pisaba. A diferencia de los cuatro desconocidos con los que iba a

reunirse en el claro que había un poco más adelante, Jorge sabía que aquello no sería ningún

inocente juego esotérico. Guzco era real. Tan real como las historias que se contaban sobre

él y su irrefrenable atracción por el miedo.

1

A medida que avanzaba, las dos siluetas se iban acercando cada vez más. Jorge

comprendió que, en algún momento, una de ellas se había vuelto a mirar hacia atrás, lo

había visto y acordado con la otra la posibilidad de esperarlo. Quizá temieran que, por

casualidad, alguien descubriera el encuentro clandestino al que se dirigían y quisieran asegurarse de que no era ningún intruso. Sin embargo, Jorge no se sintió en la necesidad de

demostrarles lo contrario. No aceleró el paso ni hizo ningún gesto que las tranquilizara. Que

se cocieran en su propia salsa de inquietud un poco más.

El sol relumbraba con un brillo apagado en el horizonte, tras ellas. No tardaría

en comenzar a ocultarse, lo que significaba que ya casi era la hora. No obstante, la hora, en

opinión de Jorge, era algo meramente orientativo. La batalla no comenzaría - como suponía

que creerían el resto- cuando estuvieran sentados en círculo y uno de ellos tomara la palabra

y comenzara a narrar la historia. La batalla estaba en marcha en sus cabezas desde que

convocaran el encuentro, dos días atrás. Porque Jorge estaba seguro de que ninguno de ellos

habían dormido bien ni dejado de pensar en Guzco un solo segundo. Y eso era bueno. Eso

era condenadamente bueno... para él.

Tuvo que contener una sonrisa maliciosa cuando estuvo lo suficientemente cerca como

para reconocer al chico y la chica detenidos a un lado del camino. Una vez más se las vería

con góticos. No era difícil adivinarlo porque cumplían con el prototipo habitual de esa tribu

urbana: pelo oscuro, rostro y cuello emblanquecidos con maquillaje (salvo alrededor de los

ojos y en los labios, negros como el azabache), ropas oscuras, sin ningún toque de color

salvo el del destello acerado que arrancaban las cadenas y cremalleras de sus abrigos. Jorge

reparó en el colgante, con el símbolo de Azazel, entre los pequeños pechos de

la chica.

Pensó, pese a su aspecto tenebroso y hostil, que todavía estaban en fase de desarrollo -lo

que significaba que muy probablemente fuera menor-, y se dijo que era una pena. Moriría

joven; demasiado para saber en qué consistía exactamente la vida.

—¿Quién eres? —inquirió el chico con recelo.

Era unos quince centímetros más alto que ella, pero todo apuntaba a que tenían la misma

edad.

Un par de adolescentes jugando a los dados con la Muerte; ¿puede haber más algo más

estúpido? , pensó.

Afilados mechones, endurecidos con laca, se diseminaban elegantemente sobre su frente.

Brillaban, pletóricos de salud, y seguirían haciéndolo hasta tiempo después de que su corazón dejara de latir. Apostó a que a él no se le había pasado aquello por la cabeza. Habría

pensado en el Círculo como un encuentro tenebroso, divertido, pero en absoluto peligroso.

Supo que era la primera vez que participaban en uno, del mismo modo que alguien sabía

que estaba ante la primera relación sexual de su pareja.

—Gladiador —respondió Jorge.

1

El chico asintió, torciendo el gesto en una teatral mueca de desagrado.

—Yo soy Tormento —se presentó —, y ella es Kali.

—Encantado —dijo Jorge.

Fieles a su naturaleza distante, ninguno de los dos cumplió con el protocolo social contestando *Igualmente* o algo por el estilo.

Echaron a andar, Jorge en el lado derecho, con Kali en el centro. El polvo del camino les

había ensuciado las botas y los bajos de los pantalones. Jorge reparó en el desenfado con

que se movían. No parecían preocupados o nerviosos. Esperaban pasar una tarde divertida,

un paréntesis en sus insulsas vidas antes de regresar a ellas, mareados y excitados por la

emoción de haber *jugado* con los espíritus.

—¿Por qué propusiste este lugar? —quiso saber Kali.

Jorge se encogió de hombros, en un gesto de indiferencia.

—Por nada en especial. Lo conozco de cuando venía de pequeño, en bicicleta, con mi

padre. Recordaba que no solíamos cruzarnos con casi nadie. Me pareció lo bastante

apartado como para que no nos interrumpiesen —dijo.

Pero mentía. Mentía como un jodido embustero. Su padre y él nunca habían salido a

pasear en bicicleta ni de ninguna otra forma por allí. Y no era un lugar escogido al azar, ni

mucho menos. Había cubierto aquel mismo trayecto cuatro veces (y otras cuatro, horas

después, en dirección opuesta) durante los últimos treinta meses. En cambio, decía la

verdad respecto a que le gustaba ese sitio. Siempre había salido bien parado de él.

—¿Os ha costado encontrarlo? —les interrogó.

—Algo -contestó Kali—. Pero vinimos con tiempo, suponiendo que tal vez nos

perdiéramos un poco.

—Sí. Esta zona está llena de caminos. Así que perderse, incluso con el mapa que os hice,

da una cierta garantía de que no seremos molestados —apuntó Jorge—. ¿Sois amigos?

—Salimos juntos —contestó esta vez Tormento, adelantándose a Kali.

—¿Y por qué hacéis esto? Las leyendas que circulan por Internet dicen que solo uno de

nosotros cinco sobrevivirá —expuso Jorge con ligereza.

—Nos gusta jugar con las fuerzas oscuras. Asomarnos al abismo —volvió a decir

Tormento, confirmando lo que Jorge ya sospechaba que hacían allí. sin mirarle.

—La muerte nos atrae. No nos asusta. Lucifer es nuestro guía —añadió Kali.

—Me parece un motivo tan bueno como cualquier otro —sonrió Jorge mientras, para sí,

pensaba: *No os merecéis lo que tenéis.*

—¿Y tú? ¿Cuál es tu motivación? —se interesó Kali.

1

—Padezco un cáncer de páncreas terminal. Es mi única esperanza de curarme. Si consigo

sobreviviros y absorber vuestra salud, podré seguir adelante algún tiempo más —confesó

sin tapujos.

Kali soltó una carcajada. Le había gustado la respuesta. Debía parecerle tétricamente

divertida. Lo que ella no sabía (ni siquiera podía sospechar) era que todo lo que acababa de

decir era cierto. Estaba muriéndose. De hecho, ya debería estar en un agujero, pudriéndose,

desde hacía algún tiempo. Si no era así, se debía a personas en busca de emociones fuertes

como Kali y Tormento.

—Nunca me habría imaginado que fueras un tío legal —comentó Kali.

Lo decía por su aspecto, claro. Alguien que vistiera sudadera Nike, vaqueros azules y

unas viejas zapatillas de deporte no era la clase de persona que gente como esos dos esperarían encontrar en aquel tipo de reuniones. Además, llevaba el pelo cortado a cepillo y

no lucía piercings ni tatuajes en ninguna región de su cuerpo. Lo que no sabía Kali era que

estaba más familiarizado con la muerte que mil como ella. Lo suyo era un juego. Lo de él

era un trueque con Guzco enmascarado de ritual inocuo.

—Pues lo soy. Ya lo verás. Tengo preparada una historia fantástica que no os va a dejar

dormir en toda una semana —aseguró.

—Me muero de ganas por escucharla —se mofó Tormento, frunciendo los labios en un

gesto irónico.

En lugar de replicar, Jorge guardó silencio, pensando que no tardaría mucho en ayudarle

a convertir sus deseos en realidad. Nunca había sentido remordimientos por lo que hacía. En

primer lugar, porque él todos participaban de aquello voluntariamente. En segundo, porque

casi todos los que lo hacían despreciaban a quienes amaban la vida convencional, la de

Nace-Disfruta-Reprodúcete-Y-Sé-Feliz-Hasta-Que-Te-Llegue-La-Hora.

Y, en opinión de Jorge, era mejor así. Resultaba mucho más fácil verlos morir; más fácil

conciliar el sueño por las noches.

Alcanzaron un claro y distinguieron a dos siluetas sentadas en los bancos de madera de

unas desvaídas mesas de picnic. Quizá en otro tiempo, durante los fines de semana, aquel

lugar estuviera atestado de gente, pletórico de actividad, pero ahora se encontraba

abandonado a su suerte, sin restos de basura ni botellas vacías tiradas por ahí que denotaran

presencia humana en un pasado cercano.

Al verlos, una de las siluetas se puso en pie y avanzó a su encuentro. Jorge se colocó una

mano sobre la frente a modo de visera, pero tardó un rato en distinguir sus rasgos, excepción hecha de que era una mujer y estaba gorda como una jodida vaca.

—Es tarde -gruñó, molesta, cuando llegaron a su altura.

Llevaba el pelo recogido en una tirante coleta, que se lo pegaba al cráneo. El volumen de

sus mofletes presionaba los párpados inferiores de sus ojos, entrecerrándoselos, y reducía su

boca a una diminuta rendija. Su nariz, casi sin espacio, era como una redonda protuberancia

en el centro de su cara.

1

¿Por qué no te comes otra media docena de donuts y te callas un rato?

—Bueno, lo que importa es que ya estamos aquí, ¿no? -contestó Kali, conciliadora.

Luego se presentó: —Soy Kali.

—Yo soy Xena y ese de ahí se hace llamar Baal -dijo, señalando con el pulgar por

encima de su hombro al chico que seguía sentado en el banco —. Vosotros dos supongo que

seréis Tormento y Gladiador —dedujo, señalando primero al gótico y después a Jorge.

Ni Jorge ni Tormento dijeron nada, pero tampoco la corrigieron, así que Xena dedujo que

había acertado. Jorge echó un vistazo al muchacho autodenominado Baal, que se entretenía

contemplando el paisaje de alrededor con expresión distraída. Le pareció un poco estúpido

con aquel pelo pelirrojo y las pecas salpicándole todo el rostro. Se preguntó que haría él allí

en lugar de andar ocupado pelándose con las fotos gratuitas de las webs porno. Apostó

consigo mismo a que sería el primero en caer.

—Y ahora que ya nos conocemos todos, ¿empezamos con lo que hemos venido a hacer?

—apremió Tormento con acritud.

—¿Tienes prisa por morir? —quiso saber Xena.

Baal, que se había incorporado del banco y dado un par de pasos en dirección a ellos, se

detuvo en seco al oírla. En su encuentro por Internet no había titubeado (porque, ¿quién

titubea detrás de la pantalla de un ordenador?), pero ahora parecía dudar de si ir habría sido

buena idea. Jorge supuso que podía tener que ver con el siniestro aspecto de Tormento y

Kali.

—No temo morir —replicó Tormento.

Xena le dedicó una sonrisa burlona.

—Baal —lo llamó Jorge, sin el menor interés por aquel enfrentamiento. Se acercó a él.

Sentía curiosidad por algo: —¿Eres aficionado a los juegos de rol?

— *Creo* juegos de rol —lo corrigió el chico, seguro en su terreno.

—Lo suponía -comentó Jorge con una sonrisa—. Pues esta variante te va a encantar.

—¿No es la primera vez que *juegas*? —preguntó, un tanto inquieto.

Quizá porque acababa de descubrir a un potencial rival entre los participantes que

mitigaban sus opciones de vencer aquel encuentro.

—Sí -mintió—. Pero me parece que esto va a ser la hostia —añadió antes de alejarse.

Entretanto, Xena, Tormento y Kali se habían desplazado hasta el centro del claro y

sentado en unas grandes piedras dispuestas en círculo. Eran las mismas que habían usado

Jorge y sus oponentes en su último encuentro unos cuatro meses atrás, aunque

ninguno de

los tres podía saberlo. Si a cualquiera de ellos le daba por mover alguna piedra seguro que

encontraría manchas de sangre seca impregnada en la superficie. Los charcos desperdigados

1

en derredor los había cubierto de tierra a patadas y habían sido absorbidas por esta en ese

tiempo.

Baal fue el último en sentarse. Lo hizo a la derecha de Jorge y a la izquierda de Xena.

Jorge tenía a su derecha a Kali y, en su diagonal, a Tormento, que se hallaba a la derecha de

Xena.

Tras ocupar su lugar en el Círculo, permanecieron en silencio, mirándose unos a otros

con expectación. Detrás de Tormento, el sol había comenzado a declinar, tiñéndose de una

tonalidad anaranjada que aureolaba de fuego la silueta del muchacho. Jorge calculó que

faltaba menos de una hora para que se ocultara por completo.

—¿Quién empieza? -preguntó Xena, impaciente—. ¿Algún voluntario?

En dos de los encuentros anteriores, varios de los participantes habían querido saber

charlar un poco, saber qué les había llevado al resto a ir hasta allí. Los que contestaban

dijeron cosas como *necesidad de emociones fuertes, quiero probar cosas nuevas o no es algo que te incumba*. En esta ocasión, Xena había anulado toda posibilidad de que esa

pregunta surgiera de boca de alguno de los otros. Le pareció que, ahí donde la veía, tenía un

par de agallas. Quizá debería andarse con más cuidado con ella del que había creído en un

principio.

Al ver que nadie contestaba, Xena profirió un gruñido y dijo:

—Lo haré yo.

Se removió sobre la piedra, incómoda, y dio inicio a la narración.

—Se llamaba Sonia, tenía diecisiete años y vivía en Ludera, un pequeño pueblo de la

provincia de Huesca. — Jorge dedujo, por su acento, que ella debía de venir de aquella

parte del país. Ninguno de los presentes había desvelado datos personales al resto, ni siquiera su nombre de pila. Socialmente, el Círculo Diabólico era considerado un juego,

pero todos los que participaban en él simulaban lo contrario. Actuar así lo hacía más excitante, más temerario. Salvo para Jorge, que había sido testigo de las atrocidades que

podían desencadenarse —. Era una buena chica. Había sacado grandes notas en el instituto

y comenzado a estudiar la carrera de enfermería en la universidad. Le gustaba

divertirse

como a todo el mundo. Bebía un poco los fines de semana y, ocasionalmente, se dejaba

ligar por alguno de los tíos que le entraban. Era una chica normal, a la que le gustaba hacer

cosas normales.

Xena miró en derredor, saltando de uno a otro como para comprobar si había atraído la

atención de todos ellos. Al ver que así era, sonrió con un costado de la boca y prosiguió:

—Hasta que conoció a aquel chico, Fran, al que todos llamaban Sonsi. Él era de un

pueblo cercano, que había ido con unos amigos a disfrutar de las fiestas patronales de

Ludera, y ella se sintió inmediatamente atraída por él. Cuando se le acercó y le propuso ir a

dar una vuelta a solas, ella accedió. Hicieron el amor en una era próxima, al otro lado de un

pequeño montículo. Luego permanecieron allí, hablando casi hasta el amanecer. Cuando se

despidieron, intercambiaron teléfonos y prometieron llamarse.

1

—¡Eh! ¡Un momento! -la interrumpió de súbito Tormento. Parecía ofendido —. Si

quisiera escuchar historias de amor adolescente me compraría la Super Pop.

Aquí hemos

venido a hablar de Guzco.

—¿De qué guindo te has caído, analfabeto? -replicó Xena, mirándole directamente a los

ojos —. ¿Sabes acaso lo que significaba la frase *Introducción a la narración*? No todo

consiste en sangre, vísceras y cruces ardiendo. Eso no da miedo por sí solo si no creas un

nexo de solidaridad y afecto hacia el personaje.

—Ya basta, Tormento, por favor -le suplicó Kali, poniéndole una mano en la rodilla —.

Deja que lo cuente a su modo. Cuando tomes la palabra, tú podrás hacerlo al tuyo.

Tormento emitió un gruñido de desagrado, sin apartar los ojos de Xena, que le desafiaba

con la mirada a seguir por ese camino. Jorge tuvo que admitir que Xena daba la impresión

de ser otra cosa distinta a lo que en realidad era: una gorda con problemas de ansiedad que

se pirraba por los pasteles. Se había preparado para aquel encuentro. Era evidente que no

estaba improvisando.

—¿Quieres seguir tú? —le ofreció a Tormento.

—No. Continúa tú, a ver a dónde nos llevas —espetó este, arrastrando las palabras.

Xena echó un nuevo vistazo en derredor, para asegurarse de que todos estaban de

acuerdo con él. Jorge otorgó su aprobación asintiendo una única vez con la cabeza. No tenía

ninguna prisa por romper el Círculo. Lo único que le importaba era que se abriese una

puerta al abismo y Guzco emergiera a través de ella. Baal, por su parte, permanecía con la

cabeza gacha, contemplándose el pie derecho, con cuya punta rascaba la tierra.

—Lo que Sonia no sabía era que conocer a Sonsi sería el mayor error de su vida —

prosiguió. Tormento desvió la atención hacia una de sus uñas, pintada de negro, y comenzó

a mordisqueársela —. Empezaron a salir y todo fue bien al principio. Entonces, un día,

Sonsi le preguntó si quería acompañarle a una casa abandonada en la que se reunía ocasionalmente con unos amigos. Sonia quiso saber qué hacían allí y él le respondió que

sólo un poco de Ouija. Para divertirse y eso. Ella lo pensó un instante. Nunca había hecho

Ouija. No le atraían esa clase de cosas. Pero accedió; por Sonsi. El encuentro sería a medianoche. Pasaría a buscarla por su casa a eso de las diez.

Jorge se evadió un poco de la historia. Xena resultaba ser una buena narradora, pero se

iba un poco por las ramas. Sin embargo, no quería interrumpirla y tomar la palabra, aunque

una de las reglas del Círculo Diabólico era que cualquiera podía hacerlo en cualquier momento. Sabía hacia dónde los llevaba. Lo intuía. Y eso era, al fin y al cabo, lo único

importante.

Echó un vistazo por encima del hombro de Tormento, hacia el terreno salpicado de

árboles que se extendía más allá. Pensó en lo que había allí, oculto a los ojos del mundo, y

en cómo abriría los noticiarios de las televisiones y coparía las portadas de los periódicos si

algún día era descubierto. El horror haría que la gente se echara las manos a la cabeza y

ahogara sollozos de impotencia. Pero era su vida. Estaban hablando de su vida. Y sobrevivir

1

era todo cuanto le importaba. Mientras el maldito cáncer siguiera cebándose con su

páncreas, su lucha se centraría en eso.

—... ruinosas escaleras de piedra y llegó al segundo piso, se encontró con que la habitación estaba llena de velas. Había tantas que casi parecía de día. Sonsi le dijo que se

relajara cuando notó cómo temblaba y le indicó dónde tenía que sentarse. Ella obedeció y

cruzó las piernas al estilo indio.

Kali empezó a toser y Xena se interrumpió y esperó a que se repusiera. El cielo comenzaba a adquirir una tonalidad añil, con las nubes flotando como un

ejército de sombras, que se desplazaban hacia el sur empujadas por una suave brisa.

—Estoy un poco resfriada —adujo, a modo de disculpa.

Xena la ignoró y prosiguió la narración:

—Después de que todos estuvieron sentados en círculo, como lo estamos nosotros ahora,

uno de los amigos de Sonsi colocó una caja de madera sobre sus piernas y la abrió. De ella

sacó una tabla Ouija y un vaso y colocó ambos en el centro; el vaso boca abajo y sobre la

tabla. Luego todos pusieron el dedo índice sobre el culo del vaso. Sonia los imitó, pese a

que empezaba a arrepentirse de haber ido. Aquello le daba miedo. Y no creía que invocar a

los espíritus fuera, ni de lejos, un juego.

—¿Lo lograron? Invocar a algún espíritu, me refiero —quiso saber Baal.

Jorge comprendió que Baal también consideraba que Xena divagaba demasiado. El chico

era *creador* de juegos de rol. Le iba la acción directa, los enfrentamientos cuerpo a cuerpo.

Xena le dedicó un mohín de disgusto. Saltaba a la vista que empezaba a sentirse molesta

por las interrupciones.

—Por supuesto que sí. Invocaron a Guzco. De lo contrario, ¿qué sentido tendría estar

aquí, contándoos esta historia? —replicó.

—Está bien, Xena —dijo Jorge, decidiendo intervenir en pos del bien común.
Era

necesario mantener la armonía de la historia, evitar que se deshilara y perdiera fuerza

con los enfrentamientos entre ellos, o el Círculo corría el riesgo de romperse —. Creo que

lo que Baal quiere decir es que todos los presentes conocemos el funcionamiento de una

sesión de Ouija y que puedes saltarte esa parte de la historia. Si es que no perjudica a su

desarrollo.

Ella lo miraba, pero Jorge reparó en que sus ojos se hallaban vueltos hacia sí misma.

Trataba de determinar cuánto afectaría a la historia hacer aquello que sugería Gladiador.

Finalmente, dijo:

—De acuerdo. No creo que pase nada —admitió.

—¿Qué fue lo que salió mal? ¿Alguien rompió el vaso o abandonó la sesión antes de que

terminara? —preguntó Kali.

Xena volvió a actuar con ella como si no existiera.

1

—Sonia no soportó seguir allí, haciendo aquello. Así que se levantó y salió

corriendo.

Fue un milagro, en plena oscuridad, que no tropezara, cayera rondando escaleras abajo y se

rompiera el cuello. En cualquier caso, consiguió salir al exterior y alejarse de allí. Se había

levantado viento, que sacudía la alta hierba a su alrededor y arrancaba murmullos

fantasmales a las copas de los árboles. El corazón le latía desbocado en el pecho y no

paraba de mirar atrás por encima del hombro una y otra vez, segura de que algo la estaba

persiguiendo. Al principio pensó que era Sonsi, que iba en su busca, pero cuando no lo vio

por ninguna parte estuvo segura de que se trataba del espíritu que se les había aparecido,

moviendo el vaso con violencia mientras formaba su nombre sobre el tablero. Ge, u, zeta,

ce, o: GUZCO.

—Menuda estúpida. ¿Quién no sabe que no se debe abandonar una sesión de espiritismo

antes de tiempo? —soltó Tormento.

—Sonia lo sabía, pero el miedo la pudo —respondió Xena con tranquilidad.

—¿Era realmente Guzco quién la perseguía? —interpeló Baal.

Xena asintió.

—Ella fue quién lo había liberado de la prisión que conformaban en torno al tablero. Era

la parte más frágil de la cadena. Los eslabones de Sonia eran los más endebles. Resultaría

ser la más fácil de poseer. Así que se lanzó en su busca.

—¿El pueblo estaba muy lejos de allí? —preguntó Jorge, que sentía cómo la historia

comenzaba a adquirir ritmo, a coger velocidad y empezar a convertirse en algo consistente.

—No demasiado. La casa abandonada estaba cerca de la estación de tren, en el límite

norte del pueblo. Y cuando Sonia dejó atrás la hierba alta y reseca por la que corría, cuando

el susurro de la vegetación muerta dejó de alzarse a su alrededor, una parte de ella creyó

que estaba a salvo. No obstante, siguió corriendo con todas sus energías. Estaba

completamente acojonada. Esa es la palabra. Sobre todo porque empezaba a encontrarse

exhausta, debido a la mala regulación del ritmo respiratorio y al pánico; y aún le quedaba

un trecho para llegar a casa. —Xena hizo una pausa y tragó saliva mientras escrutaba los

rostros de los otros cuatro. Jorge comprendió que trataba de dilucidar cuál de ellos era el

más débil. Él lo llevaba haciendo desde el inicio de la historia —. Las calles

estaban vacías.

Era más de medianoche y al día siguiente todo el mundo tendría que levantarse temprano

para ir a trabajar. Así que Sonia tenía la sensación de correr por un pueblo fantasma. No

había luces en las ventanas, ni humo emergiendo de las chimeneas. Ni una sola muestra de

vida en torno a ella. Sintió deseos de gritar, pero apenas le quedaban fuerzas para seguir

avanzando, mucho menos para hacer eso...

—Guzco le pisaba los talones. Ella sentía su presencia justo detrás, respirándole en la

nuca —narró Tormento, tomando de súbito la palabra. Xena lo miró un instante con los ojos

un poco demasiado abiertos, sorprendida e irritada por la interrupción, pero no dijo nada.

Xena sólo pudo apretar los dientes y esperar al momento adecuado para recuperar el control

de la historia —. De pronto, oyó un fuerte ruido tras de ella. Cuando miró hacia atrás vio un

contenedor de basura que se arrastraba por la calzada y todas las bolsas salían

desperdigadas y se rompían, llenando de desperdicios el suelo. El camión aún no había

1

pasado por allí y el contenedor pesaba mucho para que una sola persona

pudiera hacer

aquello. Además, no había nadie cerca. Estaba sola. Sola con Guzco en aquella maldita calle

de aquel maldito pueblo. Ahora, todos los contenedores que iba rebasando eran

sistemáticamente arrojados a la calzada. Con la misma facilidad que si fueran plumas. El

estruendo empezó a despertar a los vecinos, que encendieron las luces de sus mesillas de

noche y se dirigieron a la ventana para ver qué ocurría.

—De pronto, un coche se interpuso en su camino y Guzco hizo estallar todos sus

cristales. Sonia miró atrás a tiempo de ver cómo las cuatro ruedas flotaban en el aire un

instante antes de caer nuevamente, haciendo chirriar las suspensiones — prosiguió Xena,

que no parecía dispuesta a perder *su* historia —. Eso le dio alas nuevamente. Ahora estaba

segura de estar corriendo para salvar la vida. Guzco pretendía apoderarse de ella, poseerla.

Había tardado en comprenderlo, pero ahora lo sabía. Más cristales de coches estallaron tras

ella y a su alrededor, y Sonia sintió que algunos pedazos pulverizados le pinchaban la carne.

Pero el terror era más fuerte que el dolor y apenas les prestó atención. Incluso cuando pasó

bajo una farola y la luz de esta relumbró en un enorme pedazo con forma de
cuña clavado

en su pantorrilla. La sangre manaba de ahí. Le había empapado la parte baja
de la pernera

del pantalón y comenzaba a colarse por su zapatilla.

—Tuvo mucha suerte, entonces, de que no le rebanara ningún tendón ni ningún

ligamento _ apuntó Kali —. De lo contrario, no habría podido levantar
siquiera el pie del

suelo.

Xena no le prestó atención. Por una parte, supuso Jorge, porque era un
comentario

casual, lanzado al aire, que no buscaba una reacción por parte de nadie. Por
otra, la más

importante, porque sabía que si se dejaba distraer con aquello, Tormento
podía volver a

quitarle la palabra.

—Lo que la ayudó a seguir adelante era que ya le quedaba poco para llegar a
casa. Y, por

alguna razón, creía que allí estaría a salvo. Como si aquello fuera una película
y estuviera

así escrito en el guión. El inconveniente era que eso era la vida real, y que
Guzco no era una

ocurrencia banal de algún guionista de medio pelo. Guzco era un espíritu
venido de otra

dimensión y estaba hambriento y sediento de poder. A su paso, además de

lanzar

contenedores a la calzada y hacer estallar los cristales de los coches, empezó a arrancar

árboles de cuajo, que salieron despedidos de la tierra como cohetes espaciales, elevándose

por encima de las casas. Algunos caían sobre tejados, que se hundían bajo su peso. Sonia

oyó los primeros gritos y los primeros chasquidos de las puertas de las casas al abrirse.

—¿Murió alguien? —quiso saber Kali.

Xena se volvió hacia ella, la contempló un instante y dijo:

—Murió un hombre que se despertó con el ruido y salió a ver qué ocurría. Lo suyo fue

auténtica mala suerte. Justo en ese momento, Guzco arrancó de cuajo un árbol, que salió

despedido a toda velocidad. Pero, esta vez, en lugar de subir, cruzó la calle de lado a lado.

Se llamaba Raimundo, tenía más de ochenta años y había sobrevivido a la dura postguerra.

Pero aquel árbol tenía encomendada una misión especial. Desde que fuera plantado, unos

veinte años atrás, aquel árbol crecería con el único propósito de aplastarle la cabeza contra

la fachada de su casa. Y fue lo que hizo. El cráneo le estalló y el cerebro salpicó la pared

1

como salsa Cesar —. Había dicho todo aquello sin apartar los ojos de Kali, que escuchaba

con fascinación. Luego añadió, sin molestarse en ocultar su sarcasmo: —
¿Contenta?

Kali asintió, divertida. A Jorge le pareció lo bastante lerda como para no reparar en la

burla soterrada de Xena.

—En cualquier caso, sólo sería el primero de los muchos que morirían a partir de entonces en Ludera. Guzco necesitaba sangre. Era un sanguinario espíritu del lado oscuro y

se alimentaba de horror y muerte. Aquellas cosas lo hacían más fuerte...

Entonces, por sorpresa, Baal empezó a hablar. Xena volvió la cabeza como un resorte

hacia él, consternada ante lo que debía considerar una conspiración en su contra. El *creador*

de juegos de rol, entre bastidores hasta entonces, acababa de salir de detrás del telón y

hecho su aparición estelar en el escenario.

—Consiguió llegar a casa relativamente indemne. Abrió con su llave, entró y cerró de un

portazo, sin preocuparse por el hecho de que fuera a despertar a sus padres. De todas

formas, habría dado igual por mucho cuidado que hubiese tenido. Guzco los había sacado

de la cama hacía un rato y estaban mirando hacia la calle por la ventana, completamente

aturdidos. Al verla llegar, le preguntaron qué ocurría. Pero eso pasó a un segundo plano

cuando vieron el cristal clavado en su pierna. Sonia lloraba desconsoladamente y apenas era

capaz de articular palabra. Lo único que entendieron fue que era culpa suya, que ella lo

había *sacado* del círculo. Entonces, de pronto, una explosión llenó el mundo. El rugido fue

de tal magnitud que tanto Sonia como sus padres se arrojaron al suelo, como soldados en

medio de una batalla. La onda expansiva hizo que las ventanas tabletearan en sus marcos y

se les taponaran los oídos.

—¿Qué fue lo que explotó? —preguntó Tormento con curiosidad.

—Los depósitos subterráneos de la gasolinera que había a las afueras del pueblo. Guzco

se movía a la velocidad de luz. Podía atravesarlo en menos de un segundo. Y la energía

oscura de su ira los hizo saltar por los aires —respondió Baal.

A Jorge le pareció que ya esperaba aquella pregunta antes de que a Tormento llegara

siquiera a cruzársele por la imaginación.

—Debió arrasarlo con todo lo que tuviera alrededor —dedujo Kali,

reproduciendo la

escena en su cabeza.

—Exactamente —convino Baal, sin entusiasmo. Era un avezado *creador* de juegos de

rol. Estaba acostumbrado a provocar grandes catástrofes —. Tras reponerse mínimamente

del impacto de la explosión, su madre había corrido hacia Sonia y ahora la abrazaba con

desesperación, como si tratara de protegerla de algo. El cristal hundido en su carne le

llenaba de horror, pero no se atrevía a tocarlo. Su padre, en cambio, estaba estupefacto.

Caminaba como un zombi hacia la puerta. Sonia tuvo que liberarse de su madre y echar a

correr para evitar que la abriera y saliera afuera. Cuando se volvió hacia ella, sus ojos la

miraron sin reconocerla.

—Y en ese momento, mientras padre e hija cruzaban sus miradas, el teléfono móvil de

Sonia comenzó a sonar en su bolsillo —volvió a tomar la palabra Xena —. Eso la 1

sobresaltó y dio un respingo. Descolgó sin mirar la pantalla. *¿Dónde estás?* , chilló una voz.

Tardó un instante en comprender que era la de Sonsi. *En casa*, lloriqueó ella. *¡Tienes que*

volver! ¡Hay que cerrar el círculo y devolver al espíritu al lugar del que ha venido! , le

exhortó. *No puedo*, masculló ella. *¡Acabará con todo, Sonia! ¡Si se le antoja, nos matará a*

todos! ¿Es que no lo comprendes?; No puedo, repitió ella, y dejó caer el móvil de su mano

como si hubiera descubierto que en realidad era una serpiente...

De pronto, Kali volvió a toser. Sin embargo, todos repararon en que esta era una tos

diferente a la de antes. Sonaba como si algo la ahogara. Y cuando la miraron vieron que

tenía el rostro enrojecido. No podía respirar. Su garganta convulsionaba, en un esfuerzo por

librarse de aquello que la obstruía.

—¡Marta! —chilló Tormento, desvelando el auténtico nombre de Kali, precipitándose

hacia ella.

Kali lo oyó, volvió la cabeza hacia él y emitió un angustioso gemido animal. Agitó los

brazos en su dirección, pidiéndole ayuda, pero Jorge sabía que no había nada que ninguno

de ellos pudiera hacer. Baal había retrocedido en su piedra hasta que llegó a su extremo y

cayó de culo sobre la tierra. Ahora contemplaba la escena con el horror reflejado en los ojos

y la boca abierta en un grito ahogado. Xena, en cambio, para sorpresa de Jorge, permanecía

inmóvil sobre la suya, en absoluto afectada por el grotesco espectáculo. Se relamió los

labios, inquieto por aquel detalle, y devolvió su atención a Kali.

—¡Ayudadla, hijos de puta! ¡Haced algo! —les chilló Tormento, desesperado y colérico,

tras tratar, infructuosamente, de insuflar aire en sus pulmones.

Luego volvió a intentarlo de nuevo.

Jorge imaginó que Guzco había conformado una barrera en alguna porción de su tráquea.

Un muro infranqueable, en el que rebotaban cada una de sus bocanadas y las devolvía al

exterior.

Kali había empezado a ponerse azul y mantenía la boca tan abierta que parecía que

fuera a desencajarse las mandíbulas. Sin embargo, Jorge se obligó a no apartar la mirada

de ella. Contemplar su sufrimiento era lo menos que podía hacer por Kali. A fin de cuentas,

iba a salvarle la vida. Ella, Tormento, Baal y Xena, cuando Guzco acabara con todos, le

salvarían la vida. Al menos por un tiempo. Así que, mirarlos morir, verlos apagarse

lentamente, como una vela en una urna cerrada, en tanto sucumbían a su

trampa, era lo

mínimo que podía hacer por ellos.

Oía los gritos de Tormento, pero le sonaban tan lejanos como si estuviera a kilómetros de

distancia y el viento arrastrara un leve poso de ellos hasta allí. Kali moría lentamente, con la

cabeza entre sus brazos, como asomada a la ventana de un tren que se alejara de la estación.

Guzco era un espíritu desalmado. Una vez escogía a su víctima, le arrebatava la vida sin

piedad. A veces era más rápido que con Kali. Pero sólo porque su método escogido para

matar era más expeditivo. Como cuando a aquel chico, Tarzán, en uno de los Círculos

Diabólicos anteriores, le había lanzado la cabeza hacia atrás, haciendo que la parte posterior

de su cráneo tocara su propia espalda, entre los omóplatos, rompiéndole el cuello al instante.

1

Kali estaba sufriendo, pero no tardaría en dejar de hacerlo.

Oyó que otro grito se unía a los de Tormento, entremezclándose con estos, y cuando miró

en la dirección en que surgían vio que la lengua de Baal se agitaba en su boca abierta como

un pez fuera del agua. Apartó la atención de él y volvió a escrutar a Xena por

el rabillo del

ojo.

¿Quién coño eres? , le preguntó en silencio al ver que seguía impasible, como si la

muerte formara parte de su vida desde antes de la formación de aquel Círculo.

Cuando volvió a mirar al frente, Tormento sollozaba como un niño al que su madre no le

quisiera comprar el juguete que había visto en un escaparate. Kali todavía estaba viva. Su

corazón quizá aún latiese, pero a aquellas alturas todos los restantes órganos de su cuerpo

debían haberse colapsado por la falta de oxígeno. Tormento había comprendido por fin que

ya no había salvación para ella, aunque desconocía que la batalla estaba perdida desde el

mismo instante en que Guzco la había poseído. Los ojos de la chica eran ya como cristales,

que reflejaban la luz declinante del sol sin absorber el menor fragmento de ella.

De súbito, sucedió lo que Jorge había estado esperando (y deseando, por el bien de Kali).

Para Baal y Tormento aquello fue un espectáculo abominable. Kali se contrajo como un

balón deshinchado de playa del que alguien succionara los últimos restos de aire,

encogiéndose hasta que todos los huesos se siluetearon contra su piel, remarcándose en

horribles protuberancias. Primero, Guzco le había privado del aire exterior. Luego le había

robado el que contenía en los pulmones, los músculos y hasta el último rincón de su cuerpo.

Tormento chilló de horror y saltó hacia atrás, soltando a Kali y haciendo que esta cayera

al suelo con un ruido sordo. Su cabeza golpeó la piedra en la que había estado sentada y

todos escucharon cómo el occipital se le quebraba en medio del conmocionado silencio de

aquel lugar. El pelo negro, como las alas de cuervo, le cubrió el rostro, con un mechón

cayendo sobre su boca como para que no desvelara los secretos descubiertos en el más allá.

Baal gemía. Gemía y lloraba. Durante un rato ese fue el único sonido que se escuchó

dentro del Círculo Diabólico.

Casi un minuto después, Tormento logró apartar los ojos de Kali y se volvió hacia todos

los demás. Los contempló con una turbia mezcla de emociones, entre las que parecían

destacar el miedo y el dolor. Su boca temblaba como la de un anciano enfermo. Las lágrimas le habían arruinado el maquillaje de los ojos, formando churretones oscuros en las

pálidas mejillas. Su cerebro parecía estar funcionando a toda máquina.
Parpadeaba

enloquecidamente y los ojos se le movían en las cuencas como si estuviera
sufriendo una

ataque epiléptico. Hacía un rato que Kali y él le habían confesado a Jorge que
ninguno de

ellos le tenía miedo a la muerte, pero eso sólo eran supercherías de
adolescente,

bravuconadas sin sentido que ayudaban a sostener sus oscuras fachadas en pie
mientras

resistían el envite de la sociedad, que pretendía arrastrarlos corriente abajo,
reconducirlos al

buen camino. Lo cierto era que Tormento estaba tan aterrado como el que más.
Guzco le

acababa de demostrar que, en el fondo, no era más que un muchacho
asustadizo con la

cabeza llena de pájaros.

1

Miró una vez más a Kali, como para convencerse de que realmente estaba
muerta, de que

no había sido una alucinación.

—¡Qué es esto! ¡Dónde nos habéis traído, hijos de puta! —gritó, vuelto hacia
el resto. La

saliva se escurría de su labio inferior y formaba una película brillante en su
barbilla.

Esperó. Como si creyera que alguna de las tres personas del Círculo Diabólico que

seguían vivas pudieran darle una respuesta. Bajo la camiseta negra, su pecho parecía un

fuente.

—Desde luego, nadie dijo que fuera un juego —espetó Xena al cabo, cuando Jorge creía

que nadie diría nada.

Tormento concentró toda su atención en ella.

—¿Tú sabías que no lo era? —masculló, en tono acusatorio.

Xena le sostuvo la mirada hasta que la desvió hacia Baal y Jorge, en busca de una

confirmación. Ninguno de los dos dijo nada. En el caso de Jorge, porque estaba demasiado

ocupado (y preocupado) haciéndose preguntas respecto a Xena. ¿Ella sabía que las historias

sobre Guzco y el Círculo Diabólico eran ciertas? ¿Había ido hasta allí siendo consciente de

que podía no regresar? ¿Qué buscaba?

Intentó tragar saliva y se dio cuenta de que tenía la boca reseca.

—Estáis locos —farfulló, consternado—. Completamente locos. ¿Qué coño hago aquí?

Dijo esto último mientras miraba rápidamente en derredor, como si acabara de despertar

de una pesadilla y se encontrara con que estaba en un lugar que no había visto antes. Un

lugar en llamas que hedía a azufre, en el que flotaban las risas desquiciadas de un montón

de hombres y mujeres condenados a pasar allí toda la eternidad.

Jorge no movió un músculo cuando se incorporó y abandonó el Círculo. Pese a saber lo

que sucedería, no lo hizo. El largo chaquetón oscuro le flameaba al aire y la fresca brisa

vespertina que se había levantado le azotaba la cara. Tampoco experimentó la tentación de

pedirle que se quedara donde estaba. Lamentaba la muerte de todos los integrantes de los

Círculos a los que había asistido hasta el momento, pero esa pesadumbre nunca alcanzaba

un nivel que agrietara siquiera mínimamente el casco endurecido de su afán de supervivencia. Quería seguir viviendo. A toda costa. Todavía tenía muchas cosas que hacer

antes de morir. Solo era eso. Si el jodido páncreas dejara de darle la lata, Jorge sabía que

podía volver a ser la persona buena y misericordiosa que fue hasta hacía un par de años. No

le costaría ningún esfuerzo. Y, desde luego, no echaría de menos aquellos Círculos. Pero las

circunstancias mandaban. Las circunstancias eran las puñeteras dueñas de su vida.

Tampoco Xena hizo nada por retenerlo. En cuanto a Baal, permanecía tan inmóvil como

una estatua de sal.

No sabe nada. Solo quería divertirse un poco, pensó.

Pero Xena; esa perra...

1

Tormento desapareció por el rabillo de su ojo, pero Jorge no se volvió para seguirlo con

la vista. No necesitaba hacerlo. No le gustaba regodearse en la muerte de otra persona,

aunque la necesitara para seguir vivo. Oyó el siseo de las plantas cuando Tormento las

atravesó, pasando por encima de ellas a grandes zancadas, y luego el crujido de la tierra del

camino cuando llegó hasta este y sus botas aplastaron los pequeños terrones resecos

diseminados por él. Contuvo la respiración, fijó la vista en el horizonte y dejó la mente en

blanco.

Los segundos transcurrieron tan lentamente como si viajaran sobre el caparazón de una

tortuga. Pero la cuenta atrás se había iniciado y no había forma de pararla. Todo lo que les

quedaba era esperar. Jorge lo sabía... y Xena también parecía hacerlo. Podía percibir, en el

aura que la envolvía, la misma actitud de tensa espera que lo dominaba a él. Baal era el

único que miraba a Tormento quizá pensando en tomar la misma determinación.

De pronto, sucedieron varias cosas al unísono, con un margen de diferencia de sólo unas

décimas de segundo. En primer lugar, uno de los pasos de Tormento (el último que daría en

su vida) se interrumpió a medio camino. Como si sólo hubiera podido apoyar el talón de la

bota en la tierra antes de que Guzco lo atrapara. Luego, Baal gritó. Un grito breve, de

horror, seguido por otro de Tormento, ahogado y trémulo.

Entonces, por un instante, el silencio lo abarcó todo. Fue un instante cargado de tensión,

como el que envolvía a una burbuja de agua que engordara en la punta de un grifo, antes de

estallar. Cuando pasó, de súbito, una sombra surgió por su espalda, lo rebasó y se precipitó

a toda velocidad ante sus narices.

Jorge lo vio surgir por el costado izquierdo y aumentar rápidamente de tamaño. Adquirió

forma humana tras atravesar el Círculo, volando por encima de sus cabezas, y se alejó hacia

los árboles diseminados más allá. Tormento chillaba como un hombre aterrado al que

hubieran atado de pies y manos. La punta de sus botas apuntaba hacia abajo, hacia el suelo

que se hallaba medio metro más abajo, deslizándose bajo él a la velocidad del rayo. Su

cuerpo surcaba aquella porción de mundo a lomos de Guzco, como poseído por el espíritu

desalmado de uno de los cuatro caballos del Apocalipsis.

Se estrelló contra el tronco de un retorcido chaparro centenario, a unos cuarenta metros

del Círculo, que agitó sus ramas en ademán molesto, antes de seguir dormitando. La distancia y el susurro siseante de sus hojas impidió que pudieran oír lo que debió ser el

escalofriante crujido de decenas de huesos reduciéndose a añicos. Jorge agradeció que fuera

así.

Tras el impacto, el cuerpo de Tormento, reducido ya a un simple pedazo de carne, resbaló

por el tronco y cayó al suelo. Su cabeza se ladeó hacia la izquierda y quedó apoyada sobre

el hombro en una posición horizontal que desafiaba todas las leyes de la razón.

Tanto Xena como Jorge contemplaron a Tormento en silencio durante casi un minuto,

como tratando de asimilar lo que acababa de ocurrir. Baal, en cambio, seguía dándole la

espalda. La muerte horripilante de Kali aún debía estar reproduciéndose en su cabeza, como

una pesadilla recurrente... Ahora probablemente con el sonido retumbante del cuerpo de

Tormento chocando contra el chaparro como una infernal sinfonía de fondo.

1

—Hay que seguir —anunció Xena en tono glacial.

Miró a Jorge, pero solo durante un instante antes de volverse hacia Baal. Como si hubiera

intuido que no necesitaba esforzarse demasiado para convencer a Jorge de ello y centrado

en su otro adversario. La inquietud de Jorge iba en aumento. Xena había captado su compromiso con el Círculo y su capacidad para sobreponerse a los reveses. Como si ya no

albergara dudas respecto a que él era diferente.

—Marisa era una anciana que residía en una pequeña casa de la parte sureste de Ludera.

Lo hacía sola desde que Francisco, su marido, muriera seis años atrás de una trombosis en

el brazo. Estaba durmiendo cuando Sonia rompió el círculo de la Ouija y Guzco escapó.

Pero la explosión la había despertado del mismo modo que lo había hecho con el resto del

pueblo. —Jorge miraba alternativamente a Xena y Baal. Le alegró ver el rencor que relucía

en los ojos de la chica; pretendía ser ella quien prosiguiera la narración. Baal todavía se

hallaba demasiado ocupado desprendiéndose de todas aquellas emociones que la muerte de

Kali y Tormento habían precipitado sobre él. Se adherían a su cerebro como pedazos de

plástico fundido, que tenía que ir retirando pedazo por pedazo mientras este se deshacía

entre sus dedos —. Sin embargo, a diferencia de todo ellos, Marisa sólo necesitó descorrer

la cortina y echar un vistazo al exterior por la ventana para comprender lo que ocurría.

—¿Conocía a Guzco? —inquirió Xena, todavía molesta.

—Guzco conocía Ludera. Y ella era una de las culpables. Hacía sesenta años que no tenía

noticias de él, pero no lo había olvidado. Guzco había permanecido aparcado en un rincón

de su mente, como una cuenta pendiente, durante más de medio siglo. Por aquel entonces

sólo era una muchacha alocada que quería disfrutar un poco de la vida antes de casarse,

tener hijos y entregarse a su familia. Un día de verano de mil novecientos cincuenta y pico,

uno de los del grupo, Marisa ya no recordaba quién, propuso hacer Ouija. El resultado fue

que Guzco emergió a esta dimensión, atrapado en el vaso sobre el que todos apoyaban el

dedo índice. Pero algo salió mal y Guzco quedó libre. —Hizo una pausa y

dijo: —¿Baal?

¿Estás con nosotros?

El chico asintió sin apartar los ojos de la tierra que había a sus pies.

—Sí —musitó.

Cuando la miró de reojo, para comprobar su reacción, Jorge supo que Xena también

opinaba que él sería la siguiente víctima de demonio. El chico había sido superado por los

acontecimientos y estaba plegado al estado de horror en que lo había sumido la matanza de

Kali y Tormento. Guzco no tardaría en olerlo (o lo que quiera que hiciera ese cabrón para

detectarlo), como un perro con un trozo de jugosa carne, y se abalanzaría sobre él. Era

cuestión de tiempo.

Jorge pensó en esto mientras desviaba su atención unos centímetros, pasaba rozando la

nariz de Baal y se centraba en el sobrio bosque que se erigía más allá. No estaban solos.

Xena, Baal y él no eran los únicos que había alrededor del Círculo Diabólico, por mucho

que pudiera parecerlo. Un pedazo de todos aquellos que habían quedado por el camino latía

dentro de él. Seguían pendientes de su páncreas, luchando contra las cruentas células cancerígenas, que hacía unas tres semanas habían vuelto a ganar

ventaja, pero una parte de

1

ellos dedicaba su atención al desarrollo del Círculo. Él los había derrotado, pero ahora que

vivían en su interior deseaban su victoria. Podía sentir sus respiraciones contenidas. Los

cadáveres diseminados entre los árboles, enterrados entre sus raíces, solo eran cáscaras

vacías, que apenas reconocían como propios.

—Por entonces, Marisa había estado tan aterrada como Sonia en aquel momento, aunque

ninguna de las dos lo sabía. Y tenía motivos para ello. Guzco era un espíritu muy poderoso,

que a punto había estado de lograr su objetivo. La diferencia estribaba en que en aquella

lejana sesión ninguno de los participantes había abandonado el Círculo. Pese al miedo,

todos había permanecido sentados en torno a la tabla. Incluso después de que el vaso se

alzara en el aire, se estrellara contra la pared y Guzco quedara libre. Incluso después de que

Guzco hiciera estallar el depósito de gasolina de un tractor y este saltara por los aires

envuelto en una bola de fuego. Permanecieron sentados y aunaron esfuerzos para

devolverlo a la dimensión de la que había llegado. Para cuando lo lograron, Guzco se había

cobrado quince vidas humanas, cientos de animales (entre ellas, un rebaño completo de

seiscientos ovejas) y tantos daños materiales como si el pueblo hubiera sido sacudido por un

terremoto.

—¿Cómo consiguieron que se fuera? —preguntó Baal, con los ojos todavía brillantes.

—Aunaron esfuerzos. Acaba de decirlo —replicó Xena, cortante.

Baal se mordió el labio inferior y asintió con la cabeza. Desvió la vista hasta algún punto

situado por encima de la cabeza de Jorge con expresión ausente. Quizá la silueta de un

pájaro sobrevolando el cielo, de regreso a su nido en la copa de un árbol, antes de que

anocheciese. El sol se había reducido a un gajo dorado, que se hundía lentamente en el

horizonte, oscureciendo paulatinamente aquella porción de La Tierra. Jorge esperaba que el

Círculo acabara antes del fin del ocaso. Mantener a raya su miedo durante el día no era

problema. Pero la noche lo inquietaba. En todos los Círculos en los que había participado

con anterioridad, Guzco había acabado con sus contrincantes de un plumazo, matándolos

casi a la velocidad a la que unas fichas de dominó alineadas caerían después de empujar la

primera. Pero, esta vez, Xena le daba mala espina. Muy mala espina.

—Marisa sabía que Guzco iría a por ella. Tenían una cuenta pendiente. De los siete que

habían formado parte de aquella sesión, tantas décadas atrás, sólo ella y un hombre seguían

vivos. El hombre se llamaba Mariano. Y vivía muy cerca de allí. Guzco los localizaría y los

mataría. A no ser que se ocultara. Pero, ¿cómo esconderse de un espíritu? No tenía ni idea.

Sin embargo, cuando Linda, su gata siamesa, apareció por el pasillo, maullando asustada,

Marisa supo lo que tenía que hacer. Quería mucho a Linda, pero no era más que un bicho, al

fin y al cabo. Así que la llamó, la cogió en brazos y fue con ella hasta la cocina.

—Odio los gatos. Son unos traidores —masculló Baal, con la mirada vidriosa perdida en

algún lugar muy lejos de allí.

Esta vez, Xena no le prestó atención. De hecho, ni siquiera se volvió hacia él cuando

habló. Como si ya lo hubiera desahuciado. Como si Baal hubiera dejado de formar parte de

aquel Círculo. Como si ya solo fuera un cadáver parlante, que se resistía a morir. Jorge

pensaba igual. Su narración iba dirigida únicamente a Xena, a tratar de doblar su l

resistencia. Era la única que podía meterle en problemas, evitar que las cosas salieran como

tenía planeado.

—Era suave como una bola de algodón y sus ojos verdes la miraban con ternura.

Confiaba en ella. Por eso no se resistió cuando Marisa abrió el cajón de los cubiertos, sacó

el cuchillo y la destripó, abriéndola en canal. Inmediatamente, esta comenzó a sacudirse,

pero ya no había nada que pudiera hacer. Las tripas le colgaban en el aire y la sangre

manaba a borbotones de su cuerpo. Su pelaje se tiñó de una violenta tonalidad rojiza.

Marisa la cogió por las patas delanteras, la alzó en el aire y comenzó a frotarse con ella,

primero el rostro y luego el resto del cuerpo. Notaba los pulmones del animal agitándose

bajo la piel, pero se obligó a no prestarle atención. Su intención era cubrirse con la sangre

del gato hasta el último poro de su cuerpo para disimular su propio olor. Pero, de pronto, un

abominable estruendo de cosas estrellándose y rompiéndose contra el suelo le llegó desde el

pasillo. Marisa soltó al gato, sin prestar oídos al ruido sordo que hizo su

cuerpo cuando le

golpeó los pies.

—Puto gato —musitó Baal, y rompió a llorar.

Al ver lo que sucedía, Jorge decidió no reanudar la narración. Esperó. Como lo haría con

un coche que se hubiera quedado sin frenos y se precipitara hacia el borde de un barranco.

Baal estaba completamente aterrado. Y Guzco, que merodeaba por allí, hambriento de

sufrimiento y sangre, no tardaría en percibirlo. Entonces, se abalanzaría sobre él, como un

águila que hubiera avistado a un incauto ratoncillo corriendo entre la maleza.

Antes de que pudiera completar el pensamiento, el brazo derecho de Baal se alzó en el

aire, como pretendiendo saludar a alguien desde la lejanía. Sin embargo, el pánico que

relució en los ojos del chico denotó que él no tenía nada que ver con aquello. Entonces,

comenzó a agitarse, a sacudirse de un lado para otro, como siguiendo el ritmo de una

alocada música. El paso de baile se prolongó por espacio de cuatro o cinco segundos,

entretanto el resto del cuerpo de Baal luchaba por apartarse de él. Jorge estaba seguro de

que, de haber tenido una sierra a mano, se habría rebanado el brazo a la altura

del hombro y

habría echado a correr, abandonándolo allí. Pero eso no era posible. Además, Guzco no lo

permitiría. Había decidido que Baal sería su siguiente presa y no renunciaría a él hasta que

no hubiera obtenido lo que había ido a buscar.

El brazo del chico se agitó una última vez en el aire y su mano se plantó ante su rostro,

con los dedos extendidos, separados y hacia abajo. Baal la contempló como si fuera un

monstruo de película y musitó algo entre dientes, que Jorge no alcanzó a comprender. Las

lágrimas le chorreaban por el rostro como goterones de lluvia. Contenía la respiración,

sumergido en una abominable espera, y soltó un gritito ahogado cuando el pulgar comenzó

a plegarse y extenderse frenéticamente. Lo que sucedió a continuación se produjo a tal

velocidad que Jorge estaba seguro de que el cerebro de Baal no logró registrarlo antes de

que los primeros rayos de dolor asaltaran su sistema nervioso, conectando todas las alarmas

e iluminando todos los corredores de su cuerpo con una espeluznante luz roja.

Guzco precipitó la mano derecha contra su estómago y la hundió hasta el pulpejo. Jorge

oyó el desgarró del tejido muscular, con los tendones sobresaliendo de su muñeca como las

cuerdas de una guitarra. Baal contemplaba el espectáculo con una mezcla de horror e

1

incredulidad. La esclerótica de sus ojos destellaba en la luz crepuscular como cristal sucio.

Permaneció así hasta que la primera bocanada de sangre le ascendió por la garganta, a punto

de ahogarle, y brotó de su boca en un torrente, manchándole los dientes y salpicándole las

perneras de los pantalones. Lentamente, como regocijándose en ello, Guzco fue hundiendo

la mano más y más, hasta que desapareció por completo.

Llegado a ese punto, Baal barbotaba, apurando sus últimos estertores de vida.

Jorge estaba seguro de que Guzco podía sentir esas cosas.

Aún así, eso no le impidió tirar hacia arriba de su mano, abriéndose camino entre las

costillas (Jorge oyó el crujido de alguna de ellas al quebrarse mientras la carne se deformaba hacia fuera en su camino) y cerrarse en torno a su corazón. Jorge lo comprendió

por el aullido desgarrador que Baal lanzó al aire.

Se cerró en torno a su corazón y lo estrujó, desmenuzándolo como si fuera un higo

demasiado maduro.

Perdió el precario equilibrio que mantenía sobre la piedra y cayó hacia atrás. Estaba

muerto antes incluso de que su cabeza llegara a tocar el suelo.

Xena se volvió hacia Jorge. En su rostro no se reconocía ninguna emoción. Al menos, él

no fue capaz de distinguirla. Xena había contemplado la muerte de Baal en absoluto silencio, sin mover un músculo, y supo que ahora trataba de determinar cuál era el estado de

ánimo de él, al que ella conocía como Gladiador.

—Parece que ya solo quedamos tú y yo —dijo con frialdad.

Jorge asintió con la cabeza, sin apartar los ojos de ella, casi sin atreverse a parpadear.

Aquella zorra era peligrosa. Lo había sospechado desde el principio. Pero quizá, incluso

entonces, la había subestimado. Sintió sus nervios a flor de piel y se rascó la pierna izquierda para intentar aplacar el temblor que la sacudía. Xena no pareció darse cuenta de

ello.

—No es tu primer Círculo, ¿verdad? —inquirió.

—Tampoco el tuyo, me da la impresión —contestó Jorge, esforzándose por hablar con

aire casual, en un intento por aliviar la presión que sentía.

Xena sonrió con una esquina de la boca. Fue una sonrisa carente de humor. Más bien

parecía jaspeada de maldad y planes secretos.

—¿Cuál es tu motivación? —quiso saber.

Jorge se debatió un instante en la duda. No estaba seguro de querer desvelarle la verdad.

Luego pensó que, en cualquier caso, sólo uno de ellos saldría vivo de aquel Círculo. Sólo

uno de ellos vería amanecer al día siguiente. Bajo esas circunstancias, poco importaba lo

que hablaran. Nunca, nadie más, lo sabría.

—Estoy enfermo, pero quiero seguir vivo. Y moriré si no gano —desveló.

1

Xena adelantó el labio inferior y simuló hacer pucheros.

—Qué lástima. Pobrecito de ti —dijo con voz atiplada, como lo haría con un niño

pequeño que se hubiera dado un golpe accidental en la cabeza.

—¿Y tú? ¿Qué hay de tu motivación? —preguntó Jorge.

—Yo disfruto con esto —respondió Xena.

Jorge inspiró una bocanada de aire y la retuvo en los pulmones hasta que empezaron a

arderle. Xena era una psicópata; y el Círculo Diabólico su oportunidad para satisfacer sus

ansias de sangre y muerte. Decidió que tendría que hacer algo. Buscar una alternativa. Si

Xena disfrutaba con aquello, era poco probable que sucumbiera al miedo que Guzco

rastreaba y perseguía como un perro de presa.

—Por eso te pusiste *Gladiator*, ¿verdad? Eres un guerrero —indicó Xena, ajena a los

planes que se gestaban en la cabeza de Jorge.

—En cambio, Xena no era una asesina —replicó este.

Xena esbozó una sonrisa divertida, alegre, que le suavizó los rasgos de la cara.

Realmente estaba disfrutando con aquello, Jorge podía verlo. Creía que pronto Guzco

acabaría también con él y podría irse a casa a disfrutar de su victoria. Entretanto, apuraba al

máximo aquel encuentro, saboreando cada instante como si fuera una dulce fruta exótica.

—Marisa trató de huir, corriendo hacia el corral, pero no tenía escapatoria. Guzco había

vuelto, la había encontrado y le haría pagar por lo que le había hecho tanto tiempo atrás. A

su espalda, todo caía al suelo y se rompía. Y oía el crujido atronador de la tierra temblando

y abriéndose a sus pies, como una boca gigante, dispuesta a engullirla. Marisa gritaba de

horror, pero ni siquiera ella podía escuchar...

Entonces, Jorge soltó un alarido y se precipitó hacia delante, cubriendo la distancia que

le separaba de Xena de dos zancadas. La chica reaccionó formando una equis

con los brazos

para protegerse el rostro, pero no fue suficiente. Jorge la había cogido con la guardia baja, y

Xena ni siquiera tuvo tiempo de despegar el trasero de la piedra antes de que se lanzara

sobre ella y la derribara hacia atrás. Cayó de espaldas, y Jorge se sentó sobre su vientre, con

las rodillas a ambos lado del tronco, antes de que Xena pudiera retorcerse y escapar.

Entonces, extendió los brazos y hundió los pulgares en su nuez de Adán. Apretó con

todas sus fuerzas, con la espalda erguida para que las manos de Xena no le alcanzaran el

rostro (las uñas estaban reduciendo su camiseta a jirones, pero eso no tenía importancia por

el momento). Sus ojos se abrieron desmesuradamente, y en las pupilas dilatadas Jorge vio el

reflejo desvaído de su propio rostro. Xena se agitaba como loca. Tanto que, en un par de

ocasiones, estuvo a punto de sacárselo de encima. La ayuda de Guzco, que se había escurrido dentro de ella, fue vital para que Jorge lograra sobreponerse y contener el envite.

Fue un largo minuto en el que ambos lucharon por su vida, por su supervivencia. Hasta

entonces, Jorge nunca había utilizado las manos para matar a nadie pero, mientras lo hacía,

experimentó una sensación de poder inconmensurable. Comenzó a disfrutar plenamente de

ella cuando las fuerzas de Xena empezaron a verse mermadas y su lucha se tornó apática y

1

deslavazada. El brillo de su esclerótica perdió intensidad, como una masa de nubes que

ocultara el sol, y luego se apagó.

Jorge siguió presionando la garganta de la chica durante treinta segundos más. Luego

apartó las manos y las dejó caer a ambos lados del cuerpo. Examinó su rostro, esperando

echarse a llorar, pero eso no sucedió. Era su vida o la de ella. No había tenido elección.

Además, esa era la esencia del Círculo, ¿no?.

Se incorporó, pero cuando notó que le fallaban las piernas volvió a dejarse caer y se

tendió en el suelo, boca arriba. Sobre él, la negra cúpula del cielo estaba tachonada de

estrellas, muchas de las cuales debía hacer millones de años que habían muerto.

Evitó dormirse. Para lo cual tuvo que obligarse a no ceder a la tentación de cerrar los

ojos. Al rato, se puso en movimiento. Tenía mucho trabajo por delante. Debía cavar cuatro

agujeros, uno por cada cadáver, entre los árboles diseminados ante él (respecto a eso, le

hastaba que Xena estuviera tan gorda; eso supondría un trabajo extra). Se preguntó si algún

día dejarían de caber allí y tendría que buscar otro emplazamiento.

No dependía de él sino del número de Círculos que pudiera organizar. Y también, en gran

medida (como había comprobado ese día), de la suerte que tuviera a la hora de encontrar

candidatos a participar en ellos.

Aunque, ahora que había sentido el tacto de la muerte en sus propias manos, quizá

hubiera abierto la puerta a una alternativa al Círculo. Esperaría a ver cómo se sentía después

de que toda esa adrenalina que le recorría el cuerpo se esfumara.

Tenía la siguiente revisión con el doctor Torres, su oncólogo, dentro de dos semanas. Si

todo marchaba según lo previsto, los resultados indicarían que el cáncer no había seguido

extendiéndose. Más bien al contrario: habría remitido un poco... Y el doctor Torres lo

miraría, como en todas las ocasiones anteriores, con una estupefacción rayana en la

estupidez. Volvería a preguntarse cómo era posible que un cáncer se reabsorbiera. Y no una

sino varias veces. Como si las defensas de su cuerpo se hubieran sobrepuesto milagrosamente y dado un giro de ciento ochenta grados a la guerra. Suponía que le pediría,

por enésima vez, que le permitiera estudiarlo. Y, por enésima vez, él volvería a negarse. No

quería convertirse en una maldita estrella mediática.

Reanudaría el tratamiento y volvería a hacer vida normal. Porque, una vez Guzco

considerara saldada la deuda, el tumor volvería a crecer. Aquel cabrón tenía la posibilidad

de curárselo por completo, estaba seguro. Y era lo que merecía, a cambio de todas las

víctimas que le había proporcionado. Pero sabía que si lo hacía, él dejaría de convocar los

Círculos Diabólicos...

—Hijo de puta —masculló entre dientes.

No obstante, aquella nueva emoción que lo había asaltado mientras Xena moría bajo sus

manos era realmente interesante. Y se había quedado con ganas de más.



Salió del círculo de piedras y caminó hasta un árbol próximo. De su tronco hueco extrajo

un pico y una pala y se dispuso a cavar el primer hoyo. Ese sería para Kali, porque ella

había sido la primera en morir. Los siguientes serían para Tormento, Baal y Xena.

No recordaba cuándo había empezado a hacerlo por orden de fallecimiento.

Con el tiempo, uno terminaba desarrollando costumbres hasta en las situaciones más

insólitas.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

***EL SENDERO DEL HORROR**

SINOPSIS

El Sendero Del Horror se compone de dos relatos largos:

-En CONTRA RELOJ, un profesor de instituto que pasa por un mal momento en su matrimonio

recibe una petición de auxilio... a través de la impresora de su ordenador.

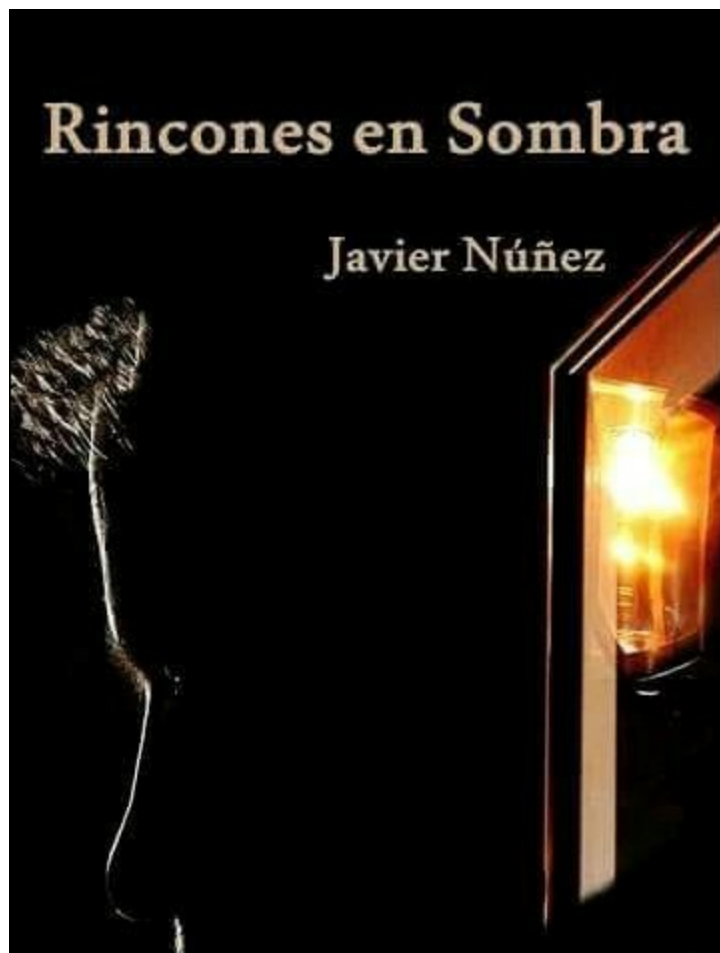
Decidir averiguar quién está detrás de aquel desesperado grito de socorro y acudir en su ayuda

será la peor decisión que haya tomado en su vida.

-En MONEDA MALDITA, un chico encuentra una moneda de aspecto antiguo. Parece poco

más que un pedazo de chatarra. El problema es que quien la posee se encuentra en serio peligro de

muerte.



-Disponible en Amazon-

***RINCONES EN SOMBRA**

SINOPSIS

-En UNA HABITACIÓN PARA LA ETERNIDAD, un hombre y una mujer se encuentran

atrapados en una estancia. Él está encamado, gravemente enfermo; ella lo cuida y juega millares de

partidas de solitario con unos naipes ajados mientras se pregunta qué es ese sitio.

-En VOLUNTAD, un policía jubilado rememora un terrible caso de asesinato, extraordinario por

cómo la hija de la familia salvo la vida, que marcó su carrera.

-En EL HOMBRE DE NEGRO, un hombre recién separado de su mujer regresa a casa después

del trabajo. Lo que no sabe es que esa noche hay alguien más allí, con él.

-En UN HOMBRE DE ÉXITO, un broker de las finanzas va a ver como se le tuerce un día que

comenzó de maravilla.

1

-En CAMPO DE BATALLA, los habitantes de un pueblo están dispuestos a luchar por sus

tierras. Aunque los adversarios sean vampiros.

-En COMPAÑEROS DE FATIGAS, una mujer que padece fatiga crónica, y que hace lo posible

por ocultarlo en su trabajo, disfruta del consuelo y el apoyo de una comunidad

de afectados a través

de Internet que le hacen la enfermedad más llevadera.

-Disponible en Amazon-

1